

¿DESGOBIERNO O HIPERLIDERAZGO?

LUIS MIGUEL ÚBEDA

MAO

JONATHAN SPENCE

Mondadori. Vita breve.

Barcelona, 2001.

221 páginas.

Título original: Mao Zedong. Viking Penguin. Nueva York, 1999.

Traducción: Cristóbal Pera.

Con doce libros sobre China (dos de ellos publicados en España: *La muerte de la mujer Wang*, Nerea, Hondarribia, 1990 y *El gran continente Kan*, Aguilar, Madrid, 1999), el profesor de Historia de la Universidad de Yale Jonathan Spence aborda la figura de Mao con más pretensiones de bosquejo divulgativo que de manual canónico, tono didáctico y un distanciamiento que huye de la animosidad y la hagiografía, aunque tampoco oculte que los historiadores de dentro y fuera de China tratan ahora de “derribar a Mao del pedestal, de desinflar el mito que lo sostenía”.

La disposición del texto en doce capítulos cronológicos, sin notas a pie de página y comentarios bibliográficos agrupados en un pequeño apéndice final dan al texto un tratamiento muy especial, entre la narración y la pedagogía. Su lectura es ligera y amena e incluye anécdotas, chocantes valoraciones (“el punto fuerte de Mao eran los negocios”, 73) y noticias inéditas que sorprenderán. Por ejemplo, cuando en su primera entrevista Mao pide ayuda a Stalin para editar sus obras, aunque no tantas ni tan jugosas como las del doctor Li Zhisui en *La vida privada del presidente Mao*, Planeta, Barcelona, 1995 o en *Los trajes nuevos del presidente Mao*, de Simon Leys, Tusquets, Barcelona, 1976.

Todo biógrafo ambiciona captar la esencia del personaje, tarea ardua donde las haya referida a una personalidad que vivió 82 años de una de las épocas más convulsas de la historia. “He llegado a la conclusión”, escribe Spence, “de que el enigmático terreno en el que Mao se sintió siempre más cómodo era el opuesto al orden: el mundo del desgobierno” (14).

Spence trae a colación una costumbre europea del Medievo en el que un cualquiera ejercía el “reinado del desgobierno” por tiempo limitado e intención puramente festiva. Los aspectos inherentes al desgobierno entroncarían, según argumenta, con los filósofos chinos, “dialécticos por tendencia natural”, y su idea de que el orden engendra el desorden porque lo contiene en sí mismo.

“El gran logro de Mao consistió en hacer suya esta visión de los antiguos filósofos chinos, combinarla con elementos extraídos del pensamiento socialista occidental, y emplear ambos a la vez para prolongar el limitado concepto de desgobierno y convertirlo en una dilatada aventura de revuelta popular sin fin” (16).

Esta persona “común”, de educación “intermitente”, que “nunca descolló en nada”, tenía en realidad una “energía inagotable” y una “confianza férrea en sí mismo” (13), dice de Mao. Sus decisiones son tildadas de “extravagantes” (14); sus ideas, “eclécticas” (58) y su trayectoria política, “excéntrica” (14). Para Stalin, era un “desconocido, tenaz aunque (sic) autodidacta e indisciplinado” (134).

La transformación de Mao en el libro corre en paralelo a la conquista de parcelas de poder, primero en el ejército rojo y en el partido comunista y luego en toda China. A finales de los treinta, ya líder indiscutible del PCCH y de la Comisión Militar Central, Mao es otro: forzaba a los demás a vivir una “vida sencilla” como a él le habían obligado las circunstancias, le causaban “rencor e irritación” los universitarios, habla de su “intensa y fulminante furia” y los “sermones” a los intelectuales “partiendo de las deducciones conceptuales de “su” propia experiencia revolucionaria” (120 y 121).

Un comentario al margen: ¿No sería aún más pretencioso e impropio que los intelectuales sermonearan a Mao sobre “su” experiencia revolucionaria?

El biógrafo describe escenas que debe haber comprobado como ciertas a pesar de su inverosimilitud, en las que Mao alardea de una “deliberada rudeza” y “modales campesinos” sacándose los “piojos (¿ladillas?) de las ingles mientras hablaba” o bajándose los pantalones y tumbándose en la cama para estar más fresco en una entrevista (id.)

¿Qué media entre aquel hombre común y este déspota?

Entre 1927 y el final de la Larga Marcha (1934-1936), decenas de miles de comunistas son liquidados por la represión y la guerra por Chiang Kai-shek y las privaciones se suceden sin cuento. De los más de cien mil, incluidas mujeres, que emprenden la huida de Yu Tu solo sobreviven unos pocos miles, menos de diez mil, pero entre ellos estará el núcleo que se impondrá finalmente a los japoneses y a los nacionalistas y construirá la nueva China.

Mao se ha curtido en lo personal y lo político y emerge como *número uno* tras sufrir los mismos quebrantos que el resto de supervivientes. Su esposa Yang Kaihui ha sido asesinada y desaparecido su hijo menor. A los otros dos los encontrará en 1936 ya adolescentes y los mandará a Moscú para garantizar su seguridad. También perderá a sus dos primeros hijos con He Zizhen, su nueva esposa. La mayor, cedida a unos campesinos para alejarla de los combates y muerta al poco tiempo. Del siguiente, Anhong, de dos años, confiado a su hermano Mao Zetan, muerto en combate en 1935, se perderá para siempre su pista. De sus primeros hijos solo crió a la sexta, Li Min, nacida en 1936, a los 43 años de Mao, de la que habló Edgard Snow en su entrevista con Mao (*Red star over China*, no publicado en España, aunque muy citado en obras maoístas) en la famosa “cueva” de Yan’an, que no era tal, aunque nunca se encontró una traducción exacta que describiera el tipo de vivienda excavada en aquellas remotas tierras aprovechando el declive de una ladera y soterrada en parte.

Spence sitúa en 1937 el arranque del culto a la personalidad en el PCCH, que crecería meteóricamente y se mantendría casi intacto hasta su muerte en 1976

y más allá, como se puede ver hoy día en el Rastro pekinés de Bao Guo Si, en donde la efigie de Mao reproducida en cualquier soporte (camisetas, esculturas, platos, cerámicas...) se vende como si de un santo local se tratara. A partir de 1949, bajo la consolidación del comunismo el *gran timonel* impone su voluntad al conjunto de China. Se suceden las campañas “antiderechistas”, para identificar a contrarrevolucionarios y espías extranjeros, capitalistas y burócratas corruptos, que costarían centenares de miles de muertos, quizá millones. Ni siquiera los líderes del PCCH se ponen de acuerdo, seguramente porque poco les importe. “En tal ambiente de temor”, opina Spence, “era difícil que la gente mantuviera el equilibrio de un cierto sentido de la moral” y a los líderes, traspasar el “muro protector en el que (Mao) iba encerrando sus mundos interiores de visionario” (143).

El cenit de su poderío lo alcanzaría en 1958. Ese año tiene lugar la conferencia de Beidahie, en la que Mao asegura que los “primeros brotes de las semillas del comunismo ya eran apreciables” (158). Habla de una China sin hambre en un futuro nada lejano, con ciudadanos que no pagarían por la comida y tantos excedentes que se donarían a otros pueblos. Una mano de obra entusiasta produciría el excedente y convertiría el país en un vergel. El trabajo duro y la disciplina proporcionarían la mejor salud para todos. Los médicos no tendrían más trabajo que investigar. Se combinaría el trabajo manual y el intelectual, desaparecerían las diferencias salariales, la necesidad de vivienda y la propiedad, sin ningún tipo de supervisión moral, todo sería desinteresado.

A ese sueño de insoportables trazas utópicas le seguirían la campaña de las Cien Flores y el Gran Salto Adelante, que acabaría en una hambruna en la que perecieron “al menos veinte millones de almas entre 1960 y 1961” (157) con un Mao “cada vez más alejado de cualquier confrontación directa con la realidad” (160) en su tren privado en el que recorría China escoltado por una imponente guardia pretoriana.

“Mao no tenía”, escribe Spence, “prácticamente contacto con el mundo exterior” y cada vez menos preocupación por las “consecuencias (...) de sus propias decisiones arbitrarias” (íd.) Lo cual no evitaba que siguiera tomando órdenes ejecutivas, como la destitución del director del *Diario del Pueblo*, Deng Tuo, en 1957 (“estáis muertos” le dijo a él y a sus colaboradores un Mao envuelto de cintura para abajo en una toalla) y en 1959 del mariscal Peng Dehuai, ministro de Defensa, quien describió el Gran Salto Adelante como “tocar el gong con un pepino”.

El libro se cierra con el enigma de la Revolución Cultural (1966-1976), sobre la que Mao “jamás escribió un solo análisis comprensible de lo que pretendía” (196). Spence repasa las decenas de miles de cuadros depurados, los muertos, los suicidados, los sucesivos bandazos, las caídas en desgracia y rehabilitaciones, algunas tan sorprendentes como la de Deng Xiaoping. La tesis de Spence sobre el señor del desgobierno encuentra su mejor argumento en esa insólita fase del maoísmo, que muchos vieron como su quintaesencia, con su nada disimulado combate de tendencias y aparente anarquía.

En el resumen de su vida, Mao dijo haber hecho dos cosas importantes: combatir a Chiang Kai-shek y haber “pedido a los japoneses que regresaran a su tierra ancestral” (207).

DOMINIO BIBLIOGRÁFICO ANGLOSAJÓN

La bibliografía es exclusivamente anglosajona, que el autor pasa por “occidental”, con títulos menores publicados en Hunan, Pekín, Changsha o Hong Kong.

A pesar de citarse pasajes de Mao, solo existe una referencia al quinto tomo de las *Selected Works of Mao Tsetung*. No busquen por su nombre *Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo* (1957), al que se refiere como un “discurso que versaba sobre el tema de las “contradicciones” en la sociedad china y en el seno del partido” (154). El fundacional *Informe sobre una investigación del movimiento campesino en Junan* (1927), es aquí un “informe de cuarenta páginas pletórico de pasión y emoción” (92), no sabemos tampoco si de verdades.

El enfoque para el lector anglosajón no ha sido atemperado ni siquiera en la traducción, como cuando informa que Mao caminó “treinta y tantas millas” (27) o que la granja de su padre tenía “tres acres” (19), pequeña “para los estándares occidentales”, es decir, norteamericanos.

A veces, se traducen con otros términos expresiones ya fijadas en el acervo maoísta: “El poder político se consigue blandiendo un arma” (96), por aquella famosa del poder *en la punta del fusil*. “Rebelarse está justificado” (189), por el clásico *Es justo rebelarse*. Los “bravucones locales y malvados burgueses” (155) son los famosos “déspotas locales y *shenshi* malvados” acuñada hace muchos años en las *Obras escogidas* de la Editorial del Pueblo, de Pekín, publicadas en España por Fundamentos.

En otras, mantiene inexcusablemente la palabra inglesa, como en *lord Shang* (sic), para referirse a un ministro de los Qin (34), o usa expresiones no españolas o erróneas: “editor” por *director* (56), “jóvenes de su área” (27), “ochenta y seis mil tropas” (104), “Constitución del Partido Comunista” (124) en vez de *estatutos*, “movilización masiva” (199) por *de masas*.

Otros pasajes son simplemente ilegibles: “Un grupo propugnaba la teoría de que la dictadura del proletariado y la necesidad de una violenta lucha de clases, el anarquismo, no funcionarían ya que las fuerzas reaccionarias eran demasiado poderosas” (69). “Cien mil soldados comunistas y cincuenta mil trabajadores políticos (sic) fueron transportados...” (127)

A fuerza de resumir, Spence elimina informaciones esenciales, como cuando aborda la guerra de Corea (140-141) y omite que la entrada de China se produce después de que MacArthur traspasara en su contraofensiva el paralelo 38°. A veces, simplifica tanto que hace indescifrable el texto. Como cuando Mao emprende en 1927 una marcha hacia el sur, dejando a su mujer y a su hijo, tras acordarlo con “dos veteranos dirigentes de las sociedades secretas” de Jinggangshan, que quedan en el anonimato, al igual que la purga en 1953 y 1954 de “los dos más poderosos dirigentes del partido, uno en Manchuria y otro en Shanghai” (150), de cuyos nombres tampoco quiere acordarse, como del

enigmático “hombre que más se opuso a Mao en Zunyi”, que luego lo bautizaría como *el timonel de la revolución china* (124).

Aparecen a veces noticias inverosímiles o que necesitarían mayor explicación: “Si a principios de 1927 contaba con menos de un millar de afiliados, en la primavera de 1927 el Partido Comunista se había ampliado a cincuenta y siete mil miembros” (91).

También errores de bulto cuando menciona las “voluminosas” obras históricas y analíticas de Stalin (133).

ORDEN Y DESORDEN BAJO LOS CIELOS

La *tesis* del desgobierno desarrollada por Spence resulta atractiva, quizá demasiado evidente y facilona para un estudioso de la historia china, tributaria en parte con aquello que el propio Mao dijo (cito de memoria): “Un gran desorden bajo los cielos conduce a un gran orden bajo los cielos”.

Pero a todas luces es incompleta, si no falsa.

¿Es acaso congruente la idea del *misrule* entre el “visionario cada vez más alejado de la realidad” con el organizador de un imponente ejército y un partido con el que asalta el poder tras prolongadísima y penosa lucha contra el Kuomintang, la invasión japonesa y otra vez las fuerzas regulares nacionalistas, para retenerlo hasta su muerte?

Acaso esa descomunal hambruna que se cobró 20 o 30 millones de vidas (¿quién lo sabe?) ¿podríamos calificarla como resultado de un *desgobierno* o más bien de un *hipergobierno* o *hiperliderazgo*, para usar otros neologismos?

Como acercamiento genérico al tema, el comunismo chino y el de cualquier otra latitud ha solido pecar más por exceso que por defecto y ese exceso ha fabricado como norma desastres poco naturales. Es decir, algo que tiene que ver también con el sistema y otras experiencias coetáneas, aunque hablemos de una biografía. Con otras palabras, la tesis se queda coja para definir el conjunto de la obra de Mao Tsetung y respecto del comunismo chino, antes y después de 1949.

Spence menciona algo muy interesante que luego desgraciadamente no desarrolla: “Mao no se vio obligado a hacer lo que hizo, únicamente su voluntad fue responsable de que su visión del cambio económico y social se viera, desgraciadamente, entretrejida de miedo y violencia” (13).

La palabra clave aquí es voluntad, pero en el libro parece quedar desgajada de su circunstancia, de sus límites históricos, de la política, de la realidad que se transmutaba y del propio pensamiento Mao Tsetung, el del “apogeo del marxismo-leninismo” que decía antaño el maoísmo.

Mao aparece como el trasunto de un nuevo emperador de una nueva dinastía. Para un historiador las analogías deben ser tentadoras, pero quizá se olvide el aspecto específico del personaje. ¿Es que sobra una mínima explicación acerca de cómo una sola persona impone su santa y arbitraria voluntad a un partido, a un ejército y a un país, sin reparar para nada que formaba parte de la experiencia histórica del movimiento comunista internacional?

Es decir, hablamos de lo que media entre la voluntad del biografiado y el “miedo y la violencia” a la que sometió a la revolución china.

Porque si hay parangón de “miedo y violencia” de los desastres del Gran Salto Adelante y los años posteriores habría que buscarlos seguramente en la

Úbeda, Luis Miguel. ¿Desgobierno o hiperliderazgo?

colectivización forzosa de la URSS, por no hablar de otros episodios. ¿Le cuadraría a Stalin el título de maestro del *desgobierno*?